

Cerebro y Humanismo

DOI: 10.15658/CESMAG19.12080201

« **Palabras clave:** *Cerebro, Emociones, Humanismo, Mente.* »Emilio Acosta Díaz¹

[Resumen]

El presente artículo editorial es una breve aproximación a la complejidad y maravilla de la arquitectura biológica llamada sistema nervioso, realidad biológica más elevada de la evolución natural, don y gracia del Creador puesta en el ser humano, epicentro del pensamiento y las emociones. Nada más significativo que ponerse delante de esta realidad y preguntarse sobre la relación, función, autorregulación y control del sistema nervioso y comprender la conducta y el comportamiento ético como expresión de esas funciones en perspectiva de consciencia de sí mismo y de los demás, como la mejor manifestación de humanización de los actos generados por el ser humano.

El cerebro desarrollado a lo largo de la vida da fe de los procesos mentales de: autoreflejarse, comprenderse y auto-identificarse en el camino de la evolución, con tendencia hacia una mayor sensibilidad y sentido de lo humano en cada acción generada, sentida y reflexionada.

¹ //Sacerdote de la Diócesis de Pasto. Magíster en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Magíster en Derecho Canónico por la Pontificia Universidad Santa Croce. Estudiante becario por la Universidad Cesmag en el doctorado en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Director del Grupo de Investigación Lumen de la Universidad Cesmag. Correo electrónico: seacosta@unicesmag.edu.co

Pensar en el ser humano, en sus múltiples quehaceres, es acercarse con certeza a su complejidad, a la disponibilidad y plasticidad manifiesta a través de su arquitectura biológica, su cerebro, mente y emociones; es reconocer la capacidad de crear e innovar para sí mismo y para los demás en un despertar insospechado. Según Heidegger (2005): “[...] el hombre incluye en su propia denominación la capacidad de pensar, y esto con razón. Él es, en efecto, un viviente racional. La razón, la *ratio*, se desarrolla en el pensamiento” (p. 15). Dicha capacidad de pensar es fruto de un proceso de concienciación permanente así como de la madurez emocional en la que se ven reflejadas todas las dimensiones del ser.

De otra parte, recuerda Mora (2007), el ser humano “[...] es una unidad, cerebro y resto del organismo, desde los receptores que nos informan de todo aquello que nos rodea [órganos sensoriales] hasta la ejecución de nuestra conducta [actividad motora]” (p. 37). La estrecha articulación entre el pensar, sentir y vivir manifiesta la unidad del ser y el sentido humano del paso por el espacio y el tiempo como una verdadera apetencia de ser. En cuanto al pensar, Heidegger (2005) señala: “El hombre puede pensar en cuanto tiene la posibilidad para ello. Pero esa posibilidad no nos garantiza todavía que seamos capaces de hacerlo” (p. 15), en realidad solo se encuentra la plenitud del ser en la medida en que se es capaz de apetecer y por lo tanto de cuidar, guardar, disfrutar de su sentido y significado que ensancha la consciencia de pensar y de ser porque se posee voluntad y libertad para hacerlo.

Los avances investigativos y tecnológicos de los últimos ciento cincuenta años, junto al desarrollo del conocimiento neurológico, han proporcionado grandes luces sobre la relación entre el cerebro, la mente y los demás órganos del cuerpo con los que el cerebro tiene comunicación permanente; no hay que olvidar que: “[...] el estudio

del cerebro es tan antiguo como la ciencia” (Soriano, Guillazo, Redolar, Torras y Vale, 2007, p. 13). De otra parte, estudios acuciosos y diversidad de aplicaciones de técnicas investigativas dan fe del reconocimiento y descubrimiento de las funciones de: “[...] las áreas de la corteza cerebral especializadas en recibir y procesar las informaciones esenciales y controlar las reacciones musculares: áreas auditivas, visuales, motoras” (Gómez, 2004, p. 24), situación que permite conocer la capacidad organizativa y articuladora del sistema nervioso central en orden a preservar y modular lo guardado en la memoria con las apetencias. “Sólo si apetecemos lo que en sí merece pensarse, somos capaces de pensamiento” (Heidegger, 2005, p. 16).

En este entramado de racionalidad y emociones, las acciones del hombre se dirigen hacia fines superiores capaces de generar nuevos sentidos y crear paradigmas en orden al cuidado y la preservación de la humanidad, tal tendencia no implica eliminar del propósito loable la dialéctica y la contradicción. En la consecución de estos propósitos el cerebro tiene la noble tarea de vigilar y regular toda la actividad del organismo, bien lo recuerda Hülsshoff (2003): “[...] La corteza cerebral nos permite medir y controlar nuestras reacciones emocionales” (p. 28), recibir y procesar información interna y externa, reconocer y controlar impulsos y emociones que acompañan a las personas en su proceso de conocimiento y desarrollo; por lo tanto:

Conocer como funciona el cerebro humano (ciencias) debe permitirnos entender mejor los productos de ese funcionamiento (humanidades). Ciencia y humanismo se convierten así en una unidad, en un solo árbol de conocimiento desde las raíces y el tronco hasta las ramas y las hojas (Mora, 2007, p. 35).

Con López (2015), se puede reconocer la importancia del conocimiento y de su centralidad en el ámbito de la filosofía y la función primordial que desempeña en el cerebro, además de comprender la función que tienen las áreas cerebrales en momentos decisivos en el comportamiento humano:

[...] las áreas cerebrales se activan y cuales se silencian mientras las personas deciden cómo actuar ante un dilema moral, ha permitido conocer los correlatos cerebrales que subyacen a los actos humanos y ofrecer una explicación de cómo está impresa en la dinámica del cerebro la dotación ética de cada hombre y común a todos los hombres. De interés central es el papel causal que desempeñan las emociones en el juicio ético y en paralelo las áreas cerebrales relacionadas con las emociones (López, 2015, p. 415).

El hombre no es fragmentado ni separable, por su naturaleza, guarda en su esencia unidad y armonía, conexión profunda, tanto en sus movimientos internos como externos, en su relación con el cosmos y con todo cuanto lo rodea; realidad que hace pensar en la unidad del ser del hombre en todas sus dimensiones; Mora (2007) apunta a la unidad de espíritu-materia, mente-cuerpo en donde la percepción y la concepción de todo cuanto lo rodea, obtenida por la introspección y el razonamiento, e incluso los abstractos matemáticos, son solo una parte del camino fiable para obtener el conocimiento.

Por su estrecha relación con la naturaleza, predisposición neurológica y dotación ética, así lo entendía el hombre primitivo; en esa perspectiva tanto alma como cuerpo alcanzan una unidad mística logrando en medio de los desequilibrios y las rupturas, estados de equilibrio y de unidad superiores.

El cerebro es un órgano: “[...] por medio del cual se siente, piensa y ejecuta la conducta” (Mora, 2007, p.37); es el único ejecutor, pues, las manifestaciones de esas ejecuciones serán constatables a través de expresiones conductuales producto de sensaciones, percepciones o pensamientos. La tarea del cerebro, además de generar nueva información, es la de interpretar lo que viene del mundo interno y externo por lo que, conciencia y conocimiento hacen parte de este complejo proceso de aprehensión y transformación de la realidad:

Todos los seres humanos tenemos la capacidad para transformar objetos o eventos cotidianos en algo especial, como cuando nos arreglamos para acudir a una cita (haciendo que nuestra apariencia sea especial), como cuando ponemos la mesa con la vajilla y cubertorias buenas (nos esforzamos por crear una situación especial) (Abraham, Carlsson, Collado, Colom, Fink, Flexas, Hagendoorn, Lozano, Martínez, I., Martínez, L., Molina, Mosquera, Nadal, Romero, y Romo, 2012, p. 85).

La tarea del cerebro se manifiesta a través de la mente, por esa razón se considera que: “La mente es la actividad del cerebro mismo” (Mora, 2007, p. 54), es la manifestación de la estructura biológica y resultado de los mecanismos y funcionamiento de dicha estructura. De esta realidad es consciente y tiene la capacidad de pensar en sí y sobre sí mismo, únicamente el ser humano; a través del pensamiento y sentimiento, demuestra su grado de humanidad, de autoafirmación y correspondencia mutua, alcanza a apreciar la necesidad de los otros y siente compasión, considera que es capaz de hacer parte del dolor, el sufrimiento, la alegría y la felicidad de los otros.

Ahora bien, el esfuerzo consiste en entender la estructura biológica y su funcionamiento, pero además no olvida que al lado surge un mundo

de símbolos y lenguajes que están profundamente conectados y que permiten entender el comportamiento y la conducta humana; según Battro, Fischer y Léna (2016) a través de dichos mecanismos, el cerebro se confronta con el mundo natural. Es decir, al confrontarse inmediatamente se toma la ruta del conocimiento de sí mismo y se despierta la capacidad de tomar decisiones; bien lo recuerda Popper (como se citó en Battro, Fischer y Léna, 2016) al preguntarse: “¿Cómo logramos el conocimiento de nosotros mismos? No mediante la autoobservación (...), sino más bien convirtiéndonos en un «yo» y desarrollando teorías acerca de uno mismo” (p. 113).

A partir de ese reconocimiento de sí mismo, de la autoconsciencia, aparece una realidad humana clave y es la del autocontrol, la regulación y la puesta en práctica de virtudes como la sabiduría y la prudencia en las relaciones intrapersonales, entendiendo lo intrapersonal como lo dicen Vivas, Gallego y González (2007):

{...} comprende las capacidades para la identificación, comprensión y control de las emociones en uno mismo, que se manifiestan en la autoconsciencia y el autocontrol. El componente interpersonal, comprende a su vez la capacidad de identificar y comprender las emociones de las otras personas (p. 16).

Tener un alto sentido de lo humano es fruto de una gran capacidad de saber decidir y elegir con libertad sobre la información cognitivo-emocional que llega a la corteza frontal en donde se dan los procesos de juicio ético y moral, por lo tanto, tendrán mayor calidad humana las decisiones que resulten de un esfuerzo sintético en el que intervengan todas las dimensiones vitales en un despertar continuo hacia la verdad.

- Referencias -

Abraham, A., Carlsson, I., Collado, H., Colom, R., Fink, A., Flexas, A., Hagendoorn, I., Lozano, M., Martínez, I., Martínez, L., Molina, V., Mosquera, M., Nadal, M., Romero, J. y Romo, M. (2012). *Creatividad y neurociencia cognitiva*. Madrid, España: Instituto Tomás Pascual Sanz.

Battro, A.M., Fischer, K.W. y Léna, P. J. (2016). *Cerebro Educado. Ensayos sobre la neuroeducación*. Trad. Verónica Weinstabl y Servanda de Hagen. Barcelona, España: Editorial Gedisa, S. A.

Gómez Cumpa, J. (2004). *Neurociencia Educativa y Educación*. Chiclayo, Perú: Imprenta Peruana SAC.

Hülshoff, T. (2003). Sentimientos de irritación y agresividad. *Mente y Cerebro*, (2), 26-31.

López Moratalla, N. (2015). Neuroética: La dotación ética del cerebro humano. *Cuadernos de Bioética*, XXVI(3), 415-425. Recuperado de <http://aebioetica.org/revistas/2015/26/88/415.pdf>

Mora, F. (2007). *Neurocultura: Una cultura basada en el cerebro*. Madrid, España: Alianza Editorial, S.A.

Soriano, C., Guillazo, G., Redolar, D., Torras, M. y Vale, A. (2007). *Fundamentos de Neurociencia*. Barcelona, España: Editorial OUC.

Vivas, M., Gallego, D. y González, B. (2007). *Educación de las emociones*. Mérida, Venezuela: Producciones Editoriales S.A.